

REVISTA

El pistoletazo de salida fue el asesinato de Carrero Blanco, en diciembre de 1973. Personajes por encima de toda sospecha comenzaron a viajar a París, donde estaba instalada la oposición de toda la vida. Con el telón de fondo de la primera enfermedad de Franco, la capital francesa se convirtió en escenario de encuentros y reuniones que, a 11 años de distancia del dramatismo del momento, mueven más a la sonrisa nostálgica que a un severo juicio de historiador.

París 1974, capital de España

Conspiraciones y esperpentos en vísperas de la muerte de Franco

FELICIANO FIDALGO

Estamos en septiembre del año 1974, en el madrileño barrio de Salamanca, en el número 51 de la calle de Velázquez, en el domicilio de Joaquín Ruiz-Giménez, el único disidente del franquismo más o menos respetado por los guardaspaldas que aún le quedaban al régimen. Mi visita, por vacaciones en España, fue amistosa, pero de lo único que se habló, como siempre en aquella época, fue del final de la dictadura, de París, donde yo vivía y trabajaba como corresponsal de prensa, y de la Junta Democrática, que se había revelado públicamente, en el hotel Intercontinental de la capital francesa, pocas semanas antes; y, naturalmente, se habló largo y tendido del inspirador más odiado por el franquismo beligerante de aquel *contubernio*: del diablo, del hombre símbolo de la peste para quienes aún rezaban por los mártires de Paracuellos: Santiago Carrillo. En un momento determinado, cortante, no sé si algo inconscientemente, giré la conversación dirigiéndome a Ruiz-Giménez:

—Tienes que ir a París a conocer a Carrillo.

—Ya veremos, ya veremos; no te creas que no lo he pensado ya.

—Tú sabes bien, y lo has dicho, que podrías ser el puente de unión entre la Junta Democrática y los socialistas y demás partidos democráticos.

—Sí, sí; ya veremos. Quizá dentro de algún tiempo, no tardando, te diré algo.

No pasaron muchas semanas; a finales del mes de noviembre del mismo año 1974, Ruiz-Giménez me telefonó para anunciarme que dos días más tarde viajaría a París, entre otras cosas, para impartir una conferencia invitado por el Movimiento Internacional de los Juristas Católicos. "Y podíamos hacer algo de lo que hablamos aquí hace unos días", añadió.

Ya en París, el fundador de *Cuadernos para el Diálogo* entró en contacto conmigo: "Me alojo en el hotel Montalembert, así que puedes decirle a don Santiago que estoy a su disposición para encontrarnos como mejor le convenga". Yo ya le había anticipado a Carrillo mi conversación con Ruiz-Giménez en Madrid. Y el líder comunista, al evocar la eventualidad de un encuentro entre los dos, saltó como un resorte: "Si viene a París, dile que estoy dispuesto a ir a donde quiera y cuando le venga bien". En cualquier caso, adelanté, "puedes veros en su hotel". Lo único que descaba Carrillo era tener frente a él a un hombre de la talla moral y de la representatividad que simbolizaba el ex ministro de Educación de Franco. Fue lo que le hice saber a este último cuando me llamó desde su hotel parisense: "Si viene a mi hotel, me parece perfecto; pero si don Santiago lo desea, nos vemos en otro sitio", me propuso Ruiz-Giménez. Pero todo quedó concertado como se había previsto: al día siguiente, a las cuatro de la tarde, Carrillo acudiría al Montalembert para entrevistarse con un personaje realmente importante (el primero, posiblemente, que se echaba a la cara) de la España de después de la guerra civil.

'Fruto prohibido'

Al día siguiente, poco después de las seis de la mañana, antes de ir a misa, según me confió, Ruiz-Giménez me telefonó: "Mira, por favor, yo quisiera que le insistas a don Santiago en que no es necesario que sea él quien venga a verme a mí; quiero que sepa que yo estoy dispuesto también a ir a donde él quiera". Lo tranquilicé sobre el particular, pero, no obstante, un par de horas después, telefónicamente, le comuniqué a Carrillo el



José Vidal Beneyto, Santiago Carrillo y Rafael Calvo Serer, durante una reunión de la Junta Democrática celebrada en diciembre de 1975 en París.

ruogo de su futuro interlocutor. *No problem.*

El hijo de Ruiz-Giménez, de su mismo nombre, y otros amigos y conocidos, que viajaron a París expresamente o que se encontraban en la capital, deseaban también conocer al *fruto prohibido* de aquellos últimos coletazos de la saga franquista. A mediodía se organizó una comida en mi casa. Carrillo llegó el primero y me ayudó a poner la mesa. Durante el almuerzo, ante un público que le escuchaba con la boca abierta, llegó a entreabrir la *puerta* de la importancia de las infiltraciones del partido comunista en el Ejército, pero el tiempo corría. Poco antes de las cuatro de la tarde, Carrillo se excusó e hizo mutis.

Los dos hombres en el hotel de la cita se saludaron con cierta efusión y Ruiz-Giménez confesó inmediatamente: "Más que desear ver a usted, lo necesitaba". Les hizo falta poco tiempo para concluir que su acuerdo era total sobre el programa de la Junta Democrática, menos en el punto referente a las regiones. Había que unirse para dar con la democracia en España. Ya nadie los desuniría. Al final, tras una hora y cuarto de conversación, al despedirse casi fra-

ternalmente, Ruiz-Giménez concluyó "históricamente", según comentaría más tarde un dirigente comunista: "Don Santiago, le ruego que escuche bien lo que voy a decirle: si la unión con las demás fuerzas democráticas no se produce, nos uniremos usted y yo".

Cuando el líder democristiano saltó el Rubicón para conocer a quien, entonces, era el fantasma más temido por el franquismo y el regalo más codiciado por todo el que aspiraba a lavar sus salpicaduras dictatoriales, París ya era "la capital de España", como exagerara un militante socialista al final de uno de los mítines multitudinarios que se celebraban en la legendaria Mutualité.

El primer atisbo del jaleo democrático español que se iba a vivir en París ya lo saborearon algunos, muy pocos, en mayo de 1973. Carrillo, táctico inguatable, maquiavélico, y enterado de la situación española como nadie, producto fino del centralismo democrático comunista, aparecía a veces como un visionario. Y no dejaba de serlo. Durante el mes precitado, el entonces presidente de la Conferencia Episcopal Española, monseñor Enrique y Tarancón, visitó

oficialmente a su colega parisense, monseñor Marty. El pintor y dirigente comunista José Ortega me telefonó antes de que el purpurado llegase a París, y me sugirió lo que a él le había sugerido Carrillo: ¿cómo demonios convencer a Tarancón de que debía entrevistarse secretísimamente con Carrillo? ¡Menuda confirmación para el líder comunista, para su partido, para la democracia, para todo el antifranquismo!, exclamaba Ortega. Uno de los días de la estancia de Tarancón en París, fijado como el día J, Ortega, en su casa, esperaba ansioso mis noticias, mi llamada telefónica, vaya, con el "sí" de Tarancón; Carrillo, con su tranquilidad inalterable, esperaba en otro lugar desconocido; y yo, en el obispado parisense, hacía cabriolas inenarrables ante monseñor Tarancón, que en un momento determinado, sin que llegara a enterarse muy bien —creí yo— de la proposición que le estaba haciendo mediando eufemismos e imágenes y metáforas (yo era corresponsal del diario *Ya*), no sé si sublimes o bochornosas, me cortó: "Pero, hijo, ¿cómo te parece a ti que voy yo a entrevistarme con Carrillo el mismo día que en Madrid están

gritando "Tarancón, al paredón!" Además, yo ya he visto a comunistas y estoy en contacto con los comunistas".

El auténtico estallido de la pre-democracia española, de todas maneras, se produjo en París, como en España (aunque con Franco en el timón), el día 20 de diciembre de 1973, cuando el atentado de ETA puso fin a la vida de Carrero Blanco. Aquel suceso hizo de 1974 el año milagroso de la política española en París. El día 3 de enero de este año, Rafael Calvo Serer convocó a algunos periodistas españoles —"de confianza", estipuló— en el restaurante Procope, del Barrio Latino. La conversación no fue sensacional, pero Calvo aprovechó para decir que el posfranquismo futuro ofrecía "dos posibilidades: el Opus y la Democracia Cristiana". Y nos dio la noticia que iba a traer cola: "Dentro de unos días va a venir don Juan a París; podría organizarse una reunión con él".

Toma y daca

El día 18 ya está el conde de Barcelona en la capital francesa. Los seis periodistas de la cena del Procope fueron invitados a ver a don Juan en el hotel Meurice, donde se alojó siempre Dalí y, dicho sea de paso, el comandante en jefe de las fuerzas de ocupación nazi. Los periodistas acudieron a la cita sin saber nada de nada, aunque sospechaban algo. Les extrañó ser recibidos por un sobrino de Calvo. Más tarde llegaría al vestíbulo del Meurice el coronel Latour, secretario de don Juan, quien nos advirtió que se trataba de saludar al heredero de la Corona de España. Nada más.

Poco después ya nos habían trasladado a la habitación del conde de Barcelona. Un minuto de gestos y miradas locas, y de silencio, fue un siglo, y a punto estuvimos de salir de la habitación después de saludarle; pero uno de los periodistas se rasgó las vestiduras y así se enzarzó un diálogo realmente brutal que nunca conoció la opinión española. Durante casi tres cuartos de hora, en un toma y daca de preguntas y respuestas, en pie don Juan, como los periodistas, todo salió a relucir. Don Juan también se rasgó sus vestiduras: "El heredero de la Corona soy yo", "hay muchas formas de democracia". Y a propósito de la legalización de los comunistas: "Eso ya lo veíamos, pero yo no tengo nada que ver con el PCE. Eso se lo dejo para Borbón Parma". Se comentó el eventual talante liberal de su hijo, el Príncipe de Asturias: "De tal palo, tal astilla...". Abandonan-

mos la habitación de don Juan, y en el vestíbulo del hotel, como por arte de magia, empezaron a aparecer y desaparecer personajes que deseaban que se les viera, pero nada más: Antonio Trevijano, Mario Rodríguez de Aragón, otra vez el sobrino de Calvo Serer. Los personajes que iban a protagonizar el lanzamiento de la Junta Democrática, en París primero y después en el resto de Europa, pululaban aquella noche en torno a don Juan. La Prensa jugó de juguete. Pero todos supimos que algo ya estaba en marcha.

En pocas semanas, los acontecimientos, como un terremoto, hicieron de París la locura democrática española: la revolución de los claveles dio al traste con el salazarismo, la Prensa europea se conmovió y, como nadie, el PCE —y Carrillo más precisamente— movía peones con mano maestra. Jesús Izcaray, dirigente comunista, escritor, se puso en contacto con un periodista de los demócratas y expuso la intención de Carrillo de realizar una conferencia de prensa clandestina. El periodista consultó a sus compañeros. Todos estaban dispuestos a todo, pero concluyeron que debían ser invitados todos los representantes de la Prensa española en París: dicho y hecho. Los periodistas fuimos convocados en Le Thermometre, un pub de la plaza de la República. Izcaray había advertido por teléfono: "Me reconoceréis porque llevaré un Ya en la mano" —con él llegaríamos a Drancy, en la periferia parisienne. Carrillo existía. Y durante cuatro horas el líder comunista se explicó. En España, alguna prensa dio a conocer frases de Carrillo, y sobre todo interpretaciones tendenciosas. Pero el impacto fue cataclísmico para aquellos tiempos. Dos periodistas, imprudente o inocentemente, grabaron todo lo que se dijo durante la cena. Aquellas cintas, después, o fueron robadas o enviadas a Madrid, a departamentos oficiales. Dos corresponsales (Pere Fages y un servidor) fueron apaleados, a muerte en mi caso, por la noche, al regreso a sus domicilios. Emilio Romero se atrevió a publicar en *Pueblo* algo de lo que le envié su corresponsal, Javier Martínez Reverte. Carrillo había dicho: "Emilio Romero es el único español que no he recibido cuando me lo pidió. Romero es una especie de picaro a lo Estebanillo Fernández". Alguien dio una versión calumniosa de esto y contribuyó a envenenar el ambiente parisienne. La conferencia de prensa de Carrillo fue una bomba realmente histórica. Desde España se solicitaba por todos los conductos, la Embajada española no sabía hacia dónde mirar. Y los muertos empezaron



De izquierda a derecha, y de arriba abajo, Joaquín Ruiz-Giménez, don Juan de Borbón, Enrique Tierno y Antonio García Trevijano.

a resucitar con vistas al posfranquismo futuro. Carlos Hugo de Borbón Parma invitó a dos corresponsales al bautizo de una hija suya en el castillo de su padre, en Lignières, en el centro de Francia, y esto para clamar, entre otras afirmaciones vigorosas: "El carlismo ha sido siempre popular, incluso Carlos Marx lo consideraba un movimiento popular". Cuatrocientos carlistas llegados en autocar vivían ya el mañana democrático y un tanto carlista.

Olor a historia

La primera enfermedad de Franco, en el mes de julio, atizó las brasas. En el hotel Lutetia, Carrillo, con su plana mayor, anunció ya el futuro. La Embajada de España, aquel día por la mañana, avisó a todos los corresponsales sobre la prohibición de asistir al acto convocado por el PCE. A casi todos los corresponsales les ocurrió igual: telefonaron a sus periódicos y, en efecto, les corroboraron la prohibición oficial, añadiendo: "Pero entérate como sea de lo que diga Carrillo y envía una informa-

ción sin pérdida de tiempo", que luego no se publicaría.

Franco no murió. Y en París, en la sala Aiglon del hotel Intercontinental, nació la Junta Democrática. Se sudaba y se olía a historia: "Estamos haciendo la historia de España", me decía un compañero. Toda la Prensa internacional se había citado: 60 periodistas, sin contar los fotógrafos y cámaras de televisión. Y en la tribuna, Carrillo y Calvo Serer: "Esto es imposible", susurraban incluso algunos militantes comunistas. Pero era cierto. Durante la conferencia de prensa, Calvo fue atacado a muerte. Nadie entendía nada. Yo, días más tarde, le interrogué a Carrillo sobre su asociación con Serer: "¡Qué más quisiera yo que cogeme del brazo de Ruiz-Giménez y de Areilza, pero ellos no quieren!".

La Junta era un hecho. Y los demás personajes empezaron a subir a la escena parisienne. En primer lugar, siempre, el futuro presidente de la República, Antonio Trevijano: "Antonio, tú tienes que hacerte a la idea de que eres el futuro presidente de la República; eso es incuestionable", le animaba Carrillo de cuando en cuando. Y Trevijano

cuasi ejercía, e incluso repartía carteras y puestos.

Tras la Junta, los demás movimientos políticos antifranquistas se sucedían en París: el FRAP, ETA, revolucionarios *ultras* que valoraban la Junta "como continuación del franquismo". Y el Felipe González descorbado y encazadorado, con Luis Yáñez siempre, empezó a rendir pleitesía a París de la mano de los socialistas franceses, a pesar de que Mitterrand y González nunca se miraron de frente. Los periodistas de confianza organizábamos cenas en el restaurante Laperouse para dialogar y conocer, simplemente, a los futuros dirigentes demócratas. Felipe estuvo correcto con Tierno, pero no así éste con su rival: "Es un guitarrista guapito, sin duda". Tierno llegó a la capital francesa para empezar a vender su PSP, y conoció a Mitterrand, a quien le afirmó que el verdadero socialista era él y no Felipe: "Mire usted", le afirmó, "si me dan a escoger entre la dictadura del proletariado y la socialdemocracia, escojo la dictadura del proletariado". "Evidentemente", le respondió su interlocutor.

Los hechos se precipitan. La Junta, dominada por los comunistas, y la Convergencia, por los socialistas, no se entendían. Felipe no quería saber nada con "tipos como Trevijano". Don Juan tampoco se entendió con la Junta, de cuyo origen sólo algún día se sabrá la realidad. En España, los militares de la UMD fueron encarcelados, y el capitán José Ignacio Domínguez, llamado *El Cuchi*, se dispuso a regresar a Madrid para ir de cabeza a la cárcel también, pero dos periodistas le convencieron de que iba a cometer una tontería. Y se convirtió en otro portavoz del antifranquismo a través de todas las entrevistas y mítines que protagonizaba, una vez vestido con un traje que le prestó Adolfo Marsillach.

Ya hemos llegado a octubre de 1974: el PSOE celebra su XIII Congreso en Suresnes, al lado de París, y Felipe (llamado *Isidoro*) empieza su carrera hacia la Moncloa. París es una olla hirviendo democracia española. En el Olympia cantan Llach, y Pi de la Serra, y Meneses, y Paco Ibáñez; cada concierto es un mitin. Carrillo ya había visto a Franco de Pobil en el Auberge du Vert Galant, el restaurante de tantos hombres libres exiliados: "Le voy a dar un consejo: ustedes, los liberales de la familia de Franco y el Príncipe, lárquense a vivir a Suiza y quizá salven algo", le espetó Carrillo al enviado especial del Príncipe de Asturias. "Supongo que es una broma", respondió Pobil.